

¿Dónde está mi bosque?

Mario Pastorino

Ilustraciones:

Marcela Larroza



¿Dónde está mi bosque?

Mario Pastorino
Ilustraciones:
Marcela Larroza

Instituto Nacional de
Tecnología Agropecuaria



Secretaría de Agricultura,
Ganadería y Pesca



Ministerio de Economía
Argentina

Pastorino, Mario

¿Dónde está mi bosque? / Mario Pastorino ; contribuciones de Ana Laura Pietrantuono ; Paula A. Lagorio ; ilustrado por Marcela Larroza. - 1.ª ed. ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones INTA, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-679-373-5

1. Bosques. 2. Incendios Forestales. 3. Protección Forestal.
I. Pietrantuono, Ana Laura, colab. II. Lagorio, Paula A., colab.
III. Larroza, Marcela, ilus. IV. Título.

CDD A863.9283

Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto, queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899.

EEA Bariloche - IFAB (INTA - CONICET)

Coordinación general: Dra. Ana Laura Pietrantuono, Lic. Paula Lagorio

Diseño: Área de Comunicación Visual

Gerencia de Producción Multimedia

Dirección Nacional Asistente de Comunicación Institucional

*Este libro cuenta
con licencia:*



¿Dónde está mi bosque?

Mario Pastorino

Ilustraciones:

Marcela Larroza



¡El bosque es siempre
una aventura!

Todos los años, desde que era chiquito, cuando empiezan las vacaciones lo primero que hacemos es irnos de expedición al bosque.

Mi papá siempre me dice lo mismo: Joaco, mañana nos espera ¡una gran aventura! Con Martina, mi hermana mayor, juntamos llao-llaos del piso, trepamos las rocas más grandes y jugamos a ver quién encuentra mangangás, que son distintos de los abejorros “importados”. Al mediodía hacemos pícnic viendo el lago y a la tarde tomamos la merienda trepados a un tronco caído. Volvemos casi de noche, cuando ya no vemos ni dónde ponemos los pies.



Pero hace dos años todo cambió de repente... yo les voy a contar lo que pasó. Fue en el verano más caluroso que recuerde. Empecé el día contentísimo porque iríamos al bosque con mamá, papá y Martina. Y lo terminé más triste que cuando se acaba el dulce de leche...



La tarde anterior ya habíamos preparado las mochilas. A la noche casi que no podía dormirme pensando en lo que descubriríamos este año... me imaginaba cruzarnos con una pareja de pájaros carpinteros o, quién te dice, con un monito del monte. Nunca vi uno, pero yo sé que los monitos del monte están ahí en el bosque.



Al día siguiente nos levantamos bien temprano. Mamá hizo los sándwiches, Martina guardó las galletitas de chocolate, papá llenó las botellas de agua, yo agarré la cámara de fotos y salimos.

Llegamos al sendero y empezamos a subir la montaña. Pero algo raro pasaba... había más silencio que de costumbre y un olor como a tostada quemada. Martina iba corriendo adelante de todos, y de repente se paró. Al alcanzarla, no podía creer lo que veía... Me encontré como un gran agujero en el bosque. Todo estaba negro. No había yuyos, ni arbustos. Los árboles se habían vuelto de carbón y había cenizas por todos lados.

—¿Dónde se fueron los pájaros? ¿Dónde están los mangangás? ¿Qué pasó con los calafates y las flores de amancay?

¡¿Dónde está mi bosque?!



Aquí conocimos a Nicolás, un bombero forestal que estaba haciendo la guardia de cenizas. Él nos explicó que habían logrado extinguir el incendio el día anterior, y ahora estaba cuidando que no se volviera a encender.

Las llamas habían sido tan altas como un ciprés, se había quemado todo, hasta el suelo mismo. El calor del verano reseca todo, y cualquier descuido como un cigarrillo o un fogón mal apagados puede iniciar un incendio en segundos.



Voluimos a casa casi sin hablar.
Al llegar nos quedamos tristes y en silencio
sentados a la mesa de la cocina. Papá preparó
té de boldo para todos, que era lo que hacía
la abue cada vez que alguien se sentía mal.
¡Algo teníamos que hacer para recuperar
nuestro bosque!

Entonces a mamá se le ocurrió que podíamos
preguntarle a Nacho, un amigo que trabaja en
el INTA estudiando los bosques para cuidarlos
y conservarlos.

—¡Claro! ¡Nacho nos va a ayudar!



Nacho nos explicó que recuperar el bosque no es una tarea sencilla, hay que trabajar duro para lograrlo, pero nosotros estábamos dispuestos a intentarlo.

Hay que empezar por producir plantines de la misma especie de árboles que se quemaron en el bosque.

Nuestra primera tarea fue entonces cosechar semillas de lenga.



En marzo fuimos a la montaña con Nacho y caminamos por unos senderos hasta que nos metimos en un bosque viejo. Allí empezaron a aparecer las semillas sobre el suelo. Nacho fue el primero que encontró una. Nos la mostró a todos y así supimos qué era lo que teníamos que buscar. Son chiquitas como la uña de mi dedo chiquito; hay que tener ojo para verlas.



Después de limpiar las semillas y guardarlas en la heladera, tuvimos que esperar todo el invierno para hacerlas germinar. En septiembre volvimos a encontrarnos en el vivero, pero ahora ya no estábamos solos. Martina y yo habíamos contado en el cole lo que estábamos haciendo en el INTA, así que se sumaron cuatro amigos a ayudarnos.

Pusimos las semillas en unas macetas chatas con arena y tierra. Las enterramos muy poquito, apenas hasta dejar de verlas, y las regamos.

A los veinte días de la siembra, Nacho nos avisó que había germinado la primera semilla. Nos pusimos súper contentos, y unos días más tarde fuimos todos a ver. Nos encontramos un montón de plantitas en las macetas. ¡Eran como cuchumil arbolitos bebés! Eliseo, que trabaja con Nacho en el vivero, nos contó que él los había regado y que debía seguir regándolos día por medio. Tenían dos hojitas redondas como las orejas de un ratón: esos eran los cotiledones, nos explicó Eliseo. La próxima tarea sería el repique.



Un mes más tarde volvimos al vivero para hacer el repique de los arbolitos. Debíamos sacar uno por uno y plantarlos en una maceta finita y alta: una macetita para cada arbolito. Era un trabajo muy minucioso, Eliseo nos enseñó a hacerlo.

Había que tener cuidado con las raíces, que eran blancas y largas como un fideo. Haciendo un agujerito en la tierra de las macetas con un clavo largo, teníamos que embocar las raíces adentro, y luego cerrar el agujero. Al final del día regábamos todas las plantitas repicadas. En cinco días repicamos todas. Ahora solo restaba esperar que crecieran.

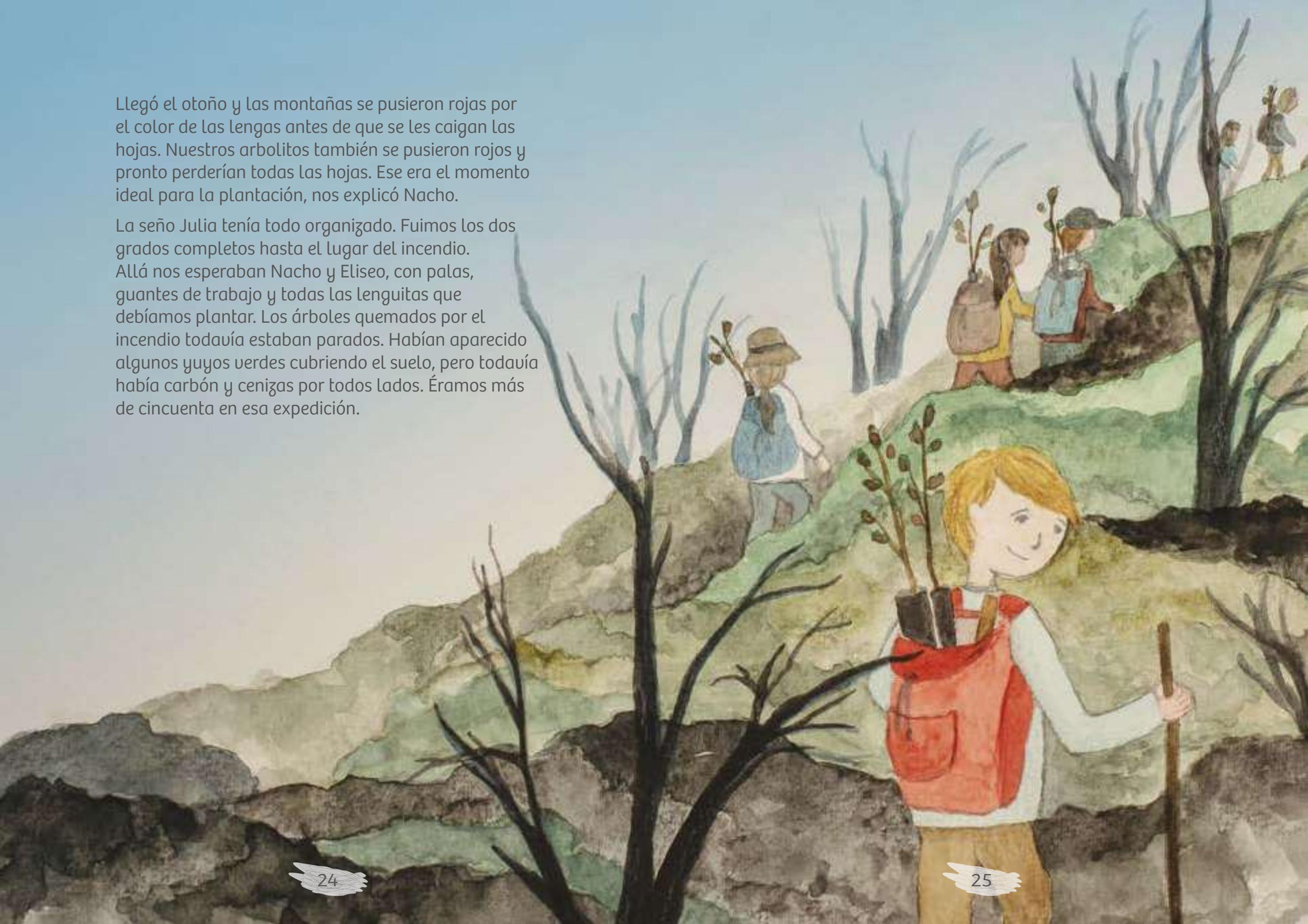
Durante el verano seguimos yendo al vivero para sacar yuyos y regar las lenguitas bebés. ¡No saben cómo crecían! Se llenaron de hojas y el tallo se fue estirando y poniendo cada vez más grueso.

Cuando empezaron las clases les contamos a todos los compañeros lo que habíamos hecho en el INTA durante las vacaciones. La maestra Julia estaba súper interesada. ¡Todos querían colaborar! Pronto íbamos a necesitar su ayuda: teníamos para plantar mil ochocientos veintisiete arbolitos.



Llegó el otoño y las montañas se pusieron rojas por el color de las lengas antes de que se les caigan las hojas. Nuestros arbolitos también se pusieron rojos y pronto perderían todas las hojas. Ese era el momento ideal para la plantación, nos explicó Nacho.

La seño Julia tenía todo organizado. Fuimos los dos grados completos hasta el lugar del incendio. Allí nos esperaban Nacho y Eliseo, con palas, guantes de trabajo y todas las lenguitas que debíamos plantar. Los árboles quemados por el incendio todavía estaban parados. Habían aparecido algunos yuyos verdes cubriendo el suelo, pero todavía había carbón y cenizas por todos lados. Éramos más de cincuenta en esa expedición.





¿Y cómo se planta un arbolito bebé? Por suerte lo teníamos a Eliseo para que nos enseñara. Teníamos que hacer un pozo junto a algún tronco para que la lenguita tuviera algo de sombra en el verano. Después de poner la lenga en el centro, debíamos tapar el pozo y apisonar bien la tierra para que no les quedara aire a las raíces.



Estuvimos desde la mañana hasta la tarde, plantando y plantando por todo el bosque quemado. Al mediodía tomamos un descanso e hicimos un picnic. Por la tarde se aparecieron unos nubarrones y Nacho se puso contento. Claro... nos explicó que seguro mañana llovería, y esa lluvia iba a regar a todas las lengas recién plantadas.



A la semana siguiente de la plantación, la señora Julia nos llevó al cuartel de los bomberos forestales. Allí estaba Nicolás que nos recibió muy contento. Martina y yo les contamos a todos los bomberos que habíamos plantado 1827 lengas en el bosque quemado.

Nicolás nos mostró todo el cuartel y nos presentó a sus compañeros, que nos explicaron cómo se apaga un incendio forestal. Nos dejaron subir al camión de bomberos que casi se parece a una nave espacial. Después nos prestaron un casco a cada uno y nos sacamos una foto todos juntos. Antes de irnos nos recomendaron tener mucho cuidado en el verano con los fogones mal apagados. Nos dijeron que el único incendio bueno es el que nunca sucede.



Hoy, dos años después de aquel incendio, nos levantamos temprano con papá, mamá y Martina y vinimos a visitar a las lenguitas. Les trajimos un poco de agua porque hace calor como todos los veranos, y seguro que les va a gustar. La última vez que las vimos eran unos palitos pelados y ahora las encontramos llenas de hojas verdes.

Cuando vuelva a casa lo voy a llamar a Nacho para contarle. Estoy seguro de que ahora el bosque se va a poner tan lindo que todos los animales van a querer volver.

Hasta los monitos del monte.



COLECCIÓN INFANTO-JUVENIL

ISBN 978-987-679-373-5



Instituto Nacional de
Tecnología Agropecuaria

Secretaría de Agricultura,
Ganadería y Pesca



Ministerio de Economía
Argentina